

NOTA LIMINAR

«Hay que ir a los hechos,
los hechos nunca te defraudan».

RODOLFO WALSH

El presente es un libro de historia, producto de investigación bibliográfica, hemerográfica y documental, que busca poner en contexto los hechos de nuestro largo enfrentamiento armado interno, que afrontó el país desde la década de 1960 hasta la firma de la paz, el 29 de diciembre de 1996. En consecuencia, rehúye de las posiciones personales y de las contiendas ideológicas, buscando un relato de hechos objetivo, con el menor número posible de intervenciones del autor, para permitir que los autores citados lleven la voz cantante y puedan, en lo posible, dialogar entre ellos para que el lector concluya con su propia versión. Lo que sí pretende este libro es dar contexto y cronología a los hechos relevantes que fueron dictando el rumbo de la confrontación, proceso durante el cual muy probablemente pudimos haber omitido algunos sucesos involuntariamente, por lo que, desde ya, pedimos las disculpas del caso.

Lo que sí se hizo voluntariamente fue evitar, salvo algunas excepciones, los relatos parciales de los protagonistas. En los últimos años han ido publicándose libros de memorias, recuerdos y estampas de los protagonistas del enfrentamiento armado, guerrilleros o militares, políticos y otros actores, muchos de gran interés para cualquier lector, a los que hemos recurrido únicamente como necesidad para darle inmediatez o una voz intimista al relato general. Por ello, el lector encontrará muy pocas referencias a estos libros. Creemos que el tiempo irá depurándolos, validándolos o desmintiéndolos, por lo que usamos solo algunos de los que se publicaron en años inmediatos al conflicto a fin de reforzar algunas escenas. Los citados fueron trabajos imprescindibles para entender los hechos reconstruidos, mientras que otros incluso cometían inexactitudes o abiertos errores en sus rememoraciones, por lo que decidimos omitirlos.

El periodista y politólogo argentino Ceferino Reato (2022), en una entrevista con Patricio Zunini, al presentar su último libro, *Masacre en el comedor*, sobre el atentado de Montoneros en contra del comedor de la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal, el 2 de julio de 1976, en el pódcast *No Ficción* de la editorial Penguin-Random House, explicó lo siguiente: «acá se usa mucho la memoria, en lugar de la historia y se habla, el eslogan de los organismos es memoria,

verdad y justicia [...] pero la memoria, todos sabemos es parcial, vos te acordás de lo que te impactó y ni siquiera el orden cronológico es importante [...] es un relato de la memoria, no interesan las fechas». En este libro queremos recuperar precisamente el contexto y la cronología, para entender que los militantes de las organizaciones revolucionarias no eran esos jóvenes idealistas defensores de los derechos humanos y reivindicadores de la democracia, sino un grupo de hombres y mujeres que le declararon la guerra al Estado y recurrieron a la violencia para lograr un cambio revolucionario, como ya se encargaron de explicar Sergio Tischler Visquerra y Marco Antonio Flores, en algún momento; y que tampoco los militares fueron una hermandad de hombres virtuosos que, enceguecidos por el fervor patrio, se lanzaron a la defensa encarnizada de la República, sino que también tenían intereses gremiales que proteger y por los cuales acudir a extremos si era preciso. En consecuencia, el enfrentamiento fue violento, inhumano, en el que se cometieron actos terribles constituyentes de delitos de lesa humanidad.

Partiendo de una exhaustiva revisión bibliográfica y hemerográfica, hemos tratado de reconstruir el ambiente imperante en el país en cada una de las etapas del enfrentamiento armado, para dar una idea de las escaladas o de las pérdidas de fuerza que vivieron los bandos contendientes y que hicieron que la violencia se aplicara de la forma como se aplicó durante décadas. Somos plenamente conscientes de la advertencia de otro historiador argentino, Matías Bauso (2018), quien al arrancar su soberbio libro *78. Historia oral del Mundial*, en donde revisa todos los hechos políticos y deportivos alrededor del campeonato mundial de fútbol de 1978 que tuvo como sede Argentina, apunta lo siguiente: «El desafío está condenado al fracaso de antemano: imposible reconstruir con certeza una época ya pasada. Lo que se puede intentar es desmalezar el camino, procurar que hechos que se presentan consolidados pero que nunca ocurrieron de ese modo no sean inexpugnables, pierdan su imbatibilidad y, de ese modo, reabrir la conversación, generar un diálogo» (15). Esta es la intención del libro que el lector tiene en sus manos: desbrozar el camino para discutir, una y mil veces, los hechos que constituyen nuestra historia, para que cada vez se parezcan más a los hechos que sucedieron, y no a los que recordamos.

Para lograr este objetivo, es necesario empezar por medio de un detallado análisis y presentación de los antecedentes y actores principales que entraron en conflicto. A simple vista, los eventos o los personajes pueden parecer aislados; sin embargo, conforme el lector avanza y se adentra más en la historia, descubrirá que cada uno está interconectado. Esta característica representa uno de los problemas al momento de analizar este hecho histórico, por lo cual se tomó la decisión de desarrollar los antecedentes de forma minuciosa. Así pues, se espera que esto le brinde al lector las herramientas y los conocimientos necesarios para comprender de forma integral el enfrentamiento armado interno.

SECCIÓN I
LOS ANTECEDENTES
NECESARIOS (1960-1963)

I

LA REBELIÓN MILITAR

DEL 13 DE NOVIEMBRE DE 1960

I.1. EL MOVIMIENTO CONTRA EL GOBIERNO DEL PRESIDENTE YDÍGORAS

El domingo 13 de noviembre de 1960, los soldados y policías militares que dormían en las cuadras del Cuartel General Justo Rufino Barrios, ubicado en la ciudad de Guatemala, fueron despertados bruscamente por los oficiales de servicio con gritos de «¡Arriba!, ¡arriba!, ¡arriba! ¡Hay chamusca!» y les ordenaron tomar su equipo y formarse frente a los barracones. «¡Todos con canana y fusil!». Un testigo declaró posteriormente, durante el juicio instruido en contra de los cabecillas del movimiento, que el capitán Ángel Ortíz Palencia los había mandado a dormir con el uniforme puesto. Una vez formados, los mandaron a la calzada de la base, en donde los esperaban camiones alineados. Los testigos dijeron después que los almacenes de guerra habían sido violentados para que la tropa tomara armas y municiones. Frente a la guardia en donde los teléfonos habían sido inhabilitados, el teniente coronel Augusto Vicente Loarca, el mayor Guillermo Chicas Lemus, el capitán Arturo Chur del Cid y el teniente Marco Antonio Yon Sosa apremiaban a la tropa. Algunos dijeron que los oficiales dispararon ráfagas al aire con subametralladoras para apurarlos (Procuraduría General de la Nación 1997). Esa misma madrugada, un grupo de militares sublevados ingresó en la Zona Militar No. 8 General Luis García de León, ubicada en las inmediaciones de Puerto Barrios, sorprendiendo al comandante, coronel Rodolfo González Centeno, quien fue hecho prisionero, y apoderándose de la instalación militar. González Centeno resultaría muerto en los combates por recuperar el control de la base por parte de las fuerzas leales al Gobierno. Ningún otro cuerpo militar de la república se sumó al movimiento, y los partidos políticos —ante ello y en total ausencia de pronunciamiento o llamamiento a la población— quedaron desconcertados.

Minutos antes de la 1 de la mañana de ese domingo, el comandante del Cuartel General, coronel Álvaro Martínez López, había sido encerrado en el calabozo junto con otros altos oficiales: teniente coronel Enrique Melgar Santos, coronel José Luis Luna Coronado, mayor Enrique Amézquita Oliva y el capitán Ángel Ortíz Palencia. Ellos iban escoltados a punta de metralleta por un piquete de soldados. La toma de la base había cobrado dos vidas: la del segundo jefe del Cuartel General, coronel José Lisandro Ortíz Córdova, y la del comandante de la guardia, capitán Ernesto Juárez Mayén.

Por razones de disciplina militar, el mayor Chur del Cid se encontraba detenido en los calabozos del Cuartel General Justo Rufino Barrios, donde compartía celda con el capitán Marco Antonio Yon Sosa, quien fue reclutado para el movimiento durante

la estancia de ambos en la prisión militar. Según el testimonio de Chur del Cid, recogido en un artículo del diario *Tiempos del Mundo*, el 9 de noviembre del año 2000, ellos se enteraron del inicio del levantamiento en su celda de castigo: «Minutos antes se levantaron y se uniformaron. Dieron aviso a los demás oficiales del cuartel, quienes apoyaban la causa. El guardia de bodega abrió el lugar para sacar las armas. Chur comandaba la operación. Yon se dirigió hacia la torre de vigilancia y tomó como rehenes a los guardias. La toma era un hecho». En otra entrevista concedida por Chur del Cid al diario *Prensa Libre*, en noviembre de 1994, en conmemoración del aniversario del levantamiento, recordó lo siguiente:

el plan incluía la apertura de la puerta principal del cuartel para que ingresaran 50 oficiales comprometidos, pero para mi sorpresa sólo llegaron cuatro.

Salí del cuartel en un vehículo militar, para ir en busca de [coronel e Ingeniero Carlos] Paz Tejada, cabecilla principal de la conjura. Llevé otra desagradable sorpresa, porque Paz Tejada no apareció por ningún lado; regresé al cuartel Justo Rufino Barrios pero ya todos habían salido. Sólo alcancé a observar cuando el chino Yon Sosa se subió a un carro de asalto y partió con dirección a la ruta al Atlántico.

Traté de seguir la columna, pero las tropas contrarias me cerraron el paso y no me quedó más remedio que refugiarme en la casa de un compadre. Días después busqué asilo en la Embajada de México, a donde viajé en diciembre de ese mismo año.

Surgen dudas sobre la participación del coronel Carlos Paz Tejada, pues él mismo desmiente categóricamente esta afirmación en la larga conversación que sostuvo con Carlos Figueroa Ibarra (2004), en donde afirma que el cabecilla del movimiento originalmente era el coronel Roberto Castillo, quien el 13 de noviembre ingresó al Hospital Militar para no estar disponible al momento del levantamiento, y quien asumió el mando fue Sesán Pereira. En una entrevista realizada por Gerardo Guinea Diez, publicada en *Prensa Libre* en octubre de 1995, comentó sobre este: «Déjeme decirle que en torno al 13 de noviembre se han creado muchos mitos, mismos que le han sido útiles a aquellos que querían inventarse enemigos. Por ejemplo, yo no fui líder de esa rebelión. Si tuve una estrecha relación con la oficialidad que se rebeló, incluso a ellos se les orientó [...], que deberían desarrollar su actividad independientemente de mi persona». Estos detalles parecen menores, pero nos ilustran al respecto de la confusión dentro de la cual se ejecutó la operación del 13 de noviembre.

Una vez que los camiones y algunos *jeeps* estuvieron llenos, el convoy inició la marcha por la carretera al Atlántico. Un grupo se dirigió a tomar la población de Gualán, dirigido por el teniente Luis Augusto Turcios Lima, y otro destacamento más numeroso tenía como destino la Zona Militar No. 2 Capitán General Rafael Carrera, ubicada en Zacapa, en donde fueron recibidos por un grupo de oficiales con equipo completo, quienes les entregaron la base. En el segundo patio de esta, los dividieron en destacamentos y les dieron orden de proteger las comunicaciones: el Puente Negro a la entrada de la población y la estación del ferrocarril. A decir de los testigos, la estación del ferrocarril sirvió de cuartel de los alzados, pues, momen-

tos después de llegar las tropas a Zacapa, varios aviones de combate sobrevolaron la Zona Militar a vuelo rasante y regresaron ametrallando las instalaciones de la base. Los soldados que permanecían allí recibieron la orden de dispersarse en el monte para procurar refugio. Desde la estación, el teniente coronel Sesán Pereira, junto con otros oficiales y civiles, trataba de organizar la defensa de la plaza.

Mientras tanto, el presidente Miguel Ydígoras Fuentes, que había regresado a la ciudad de Guatemala apresuradamente desde Quetzaltenango —en donde se encontraba en visita oficial—, tomó el cuartel de la Fuerza Aérea como su centro de operaciones y desde allí echó mano de todos los recursos disponibles para controlar la rebelión. La primera acción tomada fue enviar a las tropas de la brigada militar Mariscal Zavala a Zacapa para recuperar la Zona Militar No. 2. La segunda acción fue responsabilizar al Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) de estar detrás del movimiento, pues los alzados no lanzaron comunicados ni explicaron las razones del alzamiento, lo que fue hábilmente aprovechado por el presidente. También intentó vincular a algunos partidos de la oposición como el Partido Revolucionario (PR) o el Partido de Unificación Revolucionaria (PUR).

La supuesta responsabilidad del PGT fue aprovechada también por Roberto Alejos Arzú, quien se presentó en el aeropuerto de Retalhuleu y pidió hablar con los hombres de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) apostados en el lugar, a los que informó que una serie de levantamientos en ciudades de todo el territorio nacional se estaban dando instigados por los comunistas y pidió que todo el personal de la base estuviera listo para una «eventual demostración de fuerza». En respuesta de la maniobra de Alejos, la CIA abrió línea de comunicación directa con el Gobierno de Guatemala, evitando cuidadosamente el involucramiento de la Embajada de los Estados Unidos. El ministro de la Defensa, general Rubén González Sigui, afirmó que el levantamiento contaba con el apoyo de Cuba y pidió apoyo a la CIA para vigilar la costa atlántica, pues se temía que la toma de la base de Puerto Barrios indicara que esperaban ayuda de la isla (Fernández Ordóñez 2014).

La tercera acción realizada por el presidente Ydígoras fue convocar a una sesión urgente del Congreso de la República, en donde informó lo delicado de la situación que afrontaba el Gobierno ante el levantamiento militar y solicitó la declaración por 30 días de un estado de sitio, una de las medidas constitucionales previstas para situaciones de especial peligro. Luego convocó a una conferencia de prensa en la que informó a los periodistas nacionales e internacionales que el levantamiento era una sublevación de simpatizantes de izquierda con el apoyo de Cuba para tumbar al Gobierno. Una vez informada la prensa, se dirigió a las 3 de la tarde a las instalaciones de la base militar Mariscal Zavala, para organizar las operaciones de tierra para atacar a los rebeldes. Esa misma tarde, el presidente realizó un vuelo de reconocimiento sobre Zacapa y Puerto Barrios. A su regreso, él mismo se puso a la cabeza de las fuerzas de ataque del Gobierno (Ebel 1998).

En respuesta al requerimiento, la armada estadounidense despachó dos aviones tipo P2V para patrullar un área que abarcaba desde la bahía de Amatique hasta Panamá y ordenó que se despachara un destructor para patrullar las aguas del golfo de

Honduras. Mientras tanto, la estación de la CIA en Guatemala giró órdenes para que los aviones C-46 estacionados en la base aérea de Retalhuleu fueran despachados a la ciudad de Guatemala para ser puestos a disposición del Gobierno guatemalteco. El coronel Billy Campbell, jefe de operaciones del campo aéreo de Retalhuleu, diría más tarde que Alejos los alertó de la posible toma del campo por las tropas rebeldes.

A medida que avanzaban las horas, las demandas de apoyo al Gobierno estadounidense por parte de Ydígoras aumentaron. Según un informe desclasificado —que sirvió de base al autor para un extenso artículo sobre el papel de los cubanos en Guatemala—, da cuenta de que el presidente pidió munición común y bombas de napalm para controlar al movimiento rebelde, lo que le fue negado argumentando razones técnicas (Pfeiffer 1979). Al día siguiente, Ydígoras volvió a la carga y requirió a la CIA poner a disposición del Gobierno las tropas cubanas que se estaban entrenando en territorio guatemalteco para controlar la situación. Del campo de entrenamiento montado en la finca La Helvetia, en Retalhuleu, 218 cubanos se ofrecieron voluntarios y se organizaron como una fuerza aerotransportada para tomar por asalto la base militar de Puerto Barrios. La CIA obtuvo autorización para apoyar con pilotos estadounidenses a las fuerzas guatemaltecas con los aviones B-26 de las fuerzas cubanas. La fuerza de asalto estuvo integrada por los voluntarios cubanos y por tropas irregulares estadounidenses, denominadas AEDEPOT —americanos no oficiales—, desertores soviéticos entrenados en operaciones especiales por la CIA, y de los cuales 21 estaban estacionados en la finca La Helvetia (Fernández Ordóñez 2014).

Uno de los participantes de la operación, el piloto estadounidense C. W. «Connie» Seigrist, originalmente estacionado en Asia, pero destinado a Guatemala con un B-26, recordó lo siguiente:

Yo volé un B-26 con un piloto cubano llamado Crespo. Ametrallamos y bombardeamos el campo aéreo de Puerto Barrios para suavizar el campo para los C-46 que transportaban a las tropas cubanas que iban a aplastar la revuelta [...] ametrallamos trincheras, arbustos o cualquier cosa que pudiera servir de cubierta para emboscar la pista aérea en la que iban a aterrizar los C-46 con las tropas cubanas [...] Tres C-46 estuvieron implicados. Todos pilotados por cubanos. Uno solo aterrizó, y mientras rodaba la pista los cubanos empezaron a disparar desde las portezuelas y escotillas. El piloto creyó que los emboscaban y despegó inmediatamente. Los otros pilotos cubanos se negaron a aterrizar luego del incidente y regresaron a Retalhuleu con todas las tropas a bordo. (Fernández Ordóñez 2014, 22-23)

Otro de los pilotos involucrados, W. H. Beale, recordó que realizó cuatro vuelos hacia Puerto Barrios y un patrullaje aéreo en las montañas circundantes. Adicionalmente, la CIA coordinó vuelos de abastecimiento para el ejército guatemalteco. Aviones C-124 fueron asignados para llevar ametralladoras y cajas de munición desde diversos puntos hacia la Base Eglin, Florida, para reenviarlos al campo aéreo de Retalhuleu.

Una fuerza compuesta de 3000 efectivos, comandada por el coronel Enrique Peralta Azurdia, recobró el control de la base militar de Zacapa el lunes 14 en horas de la tarde, tras 7 horas de duro combate, cortando comunicación con el grupo de rebeldes que permanecían en control de Puerto Barrios, sobre la cual se ordenó un bombardeo aéreo. Peralta Azurdia era para el momento ministro de Agricultura, pero fue llamado por el presidente para dirigir la columna que recobraría el control de los cuarteles rebeldes, permitiéndosele elegir a su Estado Mayor. El miércoles 16, el coronel Llerena Muller, «supremo comandante de los comandos revolucionarios del Atlántico», acantonado en Puerto Barrios, huyó a la frontera con Honduras con un grupo de alzados.

El jueves 17 de noviembre, el Gobierno anunció que el movimiento había sido finalmente controlado, aunque pequeños bolsones de resistencia persistían en las cercanías de la población de Puerto Barrios, Izabal, y Gualán, Zacapa. Para entonces, tras tres días de combates, los pilotos estadounidenses habían realizado un total de 15 horas de vuelo en apoyo de las operaciones en tierra del ejército guatemalteco. Los aviones de la fuerza aérea guatemalteca habían recibido tantos impactos de bala que ya no quedaron en condiciones de seguir operando, por lo que el Gobierno de Estados Unidos donó los dos B-26 utilizados en las operaciones de apoyo.

La desorganización de los rebeldes se debió a que los planes del levantamiento habían llegado a las autoridades, luego de un fracasado intento de tomar la base militar de Cobán, en Alta Verapaz. Corrieron rumores de que había orden de arresto para los oficiales comprometidos en la conspiración —como el teniente Marco Antonio Yon Sosa, coronel César Augusto Silva Girón y coronel Hernán Herrera—, lo que motivó que el capitán Sessan Pereira se decidiera por adelantar la rebelión militar. Originalmente, el plan de la Hermandad del Niño Jesús —que reunía alrededor de 400 militares decepcionados de la corrupta administración de Ydígoras Fuentes— buscaba la toma simultánea del Cuartel General Justo Rufino Barrios, Regimiento Mariscal Zavala y Fuerte de San Rafael de Matamoros en la ciudad capital, y la base militar de Jutiapa y la base militar de Puerto Barrios. La premura con que se decidió actuar no permitió coordinar todas las operaciones y, tras la toma del Cuartel General, se decidió por movilizar una columna motorizada para tomar las bases de Jutiapa y Zacapa, y luego avanzar sobre la base de Puerto Barrios, teniendo, por lo tanto, la rebelión efectos limitados.

Los soldados participantes en el levantamiento fueron despojados de su equipo y despachados vía aérea a la capital y enviados a la Penitenciaría Central. El día 25 de noviembre, la Auditoría de Guerra dictó auto de prisión provisional a 55 militares de alta graduación implicados en la fracasada asonada; posteriormente se les instruyó proceso por el delito de rebelión militar. De los rebeldes, 52 oficiales lograron llegar a Honduras, en donde solicitaron asilo, y a El Salvador llegaron los subtenientes Luis Augusto Turcios Lima, Edgar Argueta Ríos y Héctor Manuel Pérez. El ministro de la Defensa, coronel Rubén González Siguí, fue destituido de su cargo, siendo sustituido por el coronel Enrique Peralta Azurdia, amplía Fernando Guillermo Poroj

en su artículo «El comienzo del llanto», publicado en la revista Domingo del diario, en conmemoración de los 30 años del levantamiento militar.

Durante las diligencias penales posteriores se pudieron establecer los motivos de los oficiales para propiciar el levantamiento en contra del presidente Ydígoras. De acuerdo con la entrevista realizada al general Arturo Chur del Cid citada líneas arriba, las motivaciones del movimiento tenían que ver casi exclusivamente con temas internos del ejército: salarios atrasados de tres meses para los oficiales; rivalidad entre militares de «línea» y los de «escuela» —egresados los segundos de la Escuela Politécnica—, puesto que los ascensos durante el Gobierno de Ydígoras obedecían más a camaradería y amistad, y no a las jerarquías o al mérito militar; acusaciones de corrupción dentro del Gobierno, especialmente del yerno del presidente, un ciudadano británico llamado Ian Munn, al que se le acusaba de cobro de prebendas, entre otras cosas, y la gota que derramó el vaso fue la instalación de una base de entrenamiento de tropas irregulares cubanas en el territorio guatemalteco, lo que erosionaba la soberanía nacional.

Este extremo fue confirmado por el coronel Ismael Salazar y el mayor Alfonso Pineda, quienes, tras huir a Honduras luego de la toma de la base de Puerto Barrios, dieron declaraciones al diario El Cronista de Tegucigalpa el 25 de noviembre de 1960, citadas por Francisco Mauricio Martínez en su artículo «Medio siglo de la rebelión», publicado en el diario Prensa Libre el 7 de junio de 2010: «Nuestro golpe no era político de naturaleza. Era sobre todo nacional; ningún nexo con partido alguno y menos con movimientos revolucionarios extranjeros. Nada de comunismo; puramente nacional, porque así lo exige la patria». Posteriormente, los participantes en la asonada militar fueron amnistiados, ventaja que fue aprovechada por muchos para seguir con su carrera militar; sin embargo, muchos oficiales jóvenes la rehusaron y siguieron en el exilio o pasaron a la clandestinidad, como apunta Eduardo Bocanegra en su artículo «¿Por qué la asonada del 13 de noviembre de 1960?», publicado dentro de la conmemoración de los 30 años del levantamiento militar del diario Prensa Libre.

En palabras de otro testigo, para entonces suboficial Alejandro Gramajo, el sector de la oficialidad joven dentro del ejército era un grupo inconforme con la situación de este, al cual describe como «un ejército de guarnición, estático, con armas obsoletas, casi sin equipo. Las condiciones de vida en algunas guarniciones eran deplorables» (Gramajo 2003, 496). Era un ejército poco profesional, en el que imperaba la baja moral, que se enfrentaba al nacionalismo propio de este tipo de instituciones. Habría que sumar la nueva visión que sobre las fuerzas armadas traía el gran número de oficiales del ejército que se entrenaban en el extranjero. Muchos oficiales viajaron al extranjero —Estados Unidos y Europa— a especializarse en distintas armas y, al regresar, veían con otros ojos, sumamente críticos, la situación del ejército guatemalteco, desactualizado, sin recursos, utilizado por los políticos para sus fines y en el que no se respetaba la jerarquía, sino que operaba en su lugar una red de compadrazgos y favores. El movimiento del 13 de noviembre puede verse también como un intento de restablecer la dignidad de las fuerzas armadas. Alejandro Gramajo (2003), quien luego hizo una larga carrera dentro del ejército, estudia en detalle las causas en

el libro *Alrededor de la bandera*, que ofrece una interesante mirada desde el interior de la oficialidad que participó en el movimiento armado.

En cuanto al fracaso del movimiento militar del 13 de noviembre de 1960, Ebel (1998) resume varias razones. En primer lugar, al adelantar el movimiento no se pudo coordinar adecuadamente la participación de todos los involucrados. En segundo lugar, los partidos políticos de izquierda, que en algún momento hubieran podido dar su apoyo con movilizaciones, no estaban del todo enterados de la asonada; en prevención a las filtraciones, tan solo el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) reaccionó llamando a una huelga general, pero fue ignorado o no hubo tiempo suficiente para organizarse, privando a los rebeldes de algún movimiento de distracción para el Gobierno, que pudo, en consecuencia, enfocarse exclusivamente en tomar control del movimiento. Además, en tercer lugar, los rebeldes no lograron involucrar y, por lo tanto, organizar a la población de Zacapa e Izabal en apoyo del movimiento, lo que facilitó la tarea del Gobierno al ejecutar su operación; y, por último, el apoyo prestado por la administración Eisenhower, que facilitó los aviones B-26 y permitió la participación de los pilotos y tropas cubanas, lo que inclinó en forma definitiva la balanza a favor del Gobierno.

I.II. LOS CUBANOS EN LA HELVETIA

El gobierno del presidente Ydígoras empezó bajo un signo de reconciliación resumido en el lema de «borrón y cuenta nueva», que proponía el fin de la represión ideológica y política y el regreso de los exiliados y sus familias a Guatemala. Incluso el triunfo de Fidel Castro en Cuba fue recibido por el presidente Ydígoras con muestras de optimismo y, en un principio, las relaciones con la isla fueron cordiales. La violencia posterior con que se impuso la Revolución cubana, con sus fusilamientos masivos en el cuartel de La Cabaña y la persecución de los opositores y antiguos militantes de Batista, fue comentada con horror por los medios de comunicación en Guatemala y la mirada benévola hacia «los barbudos» de La Habana cambió hacia una preocupación, enervada por la posibilidad del retorno de los exiliados arevalistas y arbencistas al país, pues se temía que la Revolución cubana se contagiara.

El discurso de Ydígoras cambió radicalmente frente a estos eventos. Las críticas a Castro fueron pareciendo cada vez más duras y contundentes. Una revisión de los periódicos de la época da cuenta de este cambio significativo de la posición del Gobierno guatemalteco frente a lo que estaba sucediendo en la isla. Luego, en mayo de 1959, rumores de una revolución en Panamá apoyada por 400 guerrilleros cubanos provocaron que la Administración ydígorista pasara a la acción. El presidente anunció medidas preventivas para proteger a Guatemala y ordenó la movilización de la Fuerza Aérea Guatemalteca (FAG), para patrullar las aguas territoriales, y envió al Gobierno panameño un cargamento de armas de fuego para pertrechar a sus fuerzas de defensa. Corrían rumores de que se habían despachado tropas guatemaltecas a Panamá para combatir a los invasores. Esto, según Ebel (1998), provocó que Castro abortara

los planes y ordenara a los invasores rendirse ante la Guardia Nacional y que fueran devueltos sin más trámite a Cuba.

La postura del presidente Ydígoras fue radicalizándose y se fue comprometiendo en apoyos que le traerían problemas serios posteriormente. Apoyos logísticos para intentos de impedir que aventuras cubanas similares tuvieran éxito en República Dominicana, Nicaragua o Venezuela fueron creando dentro del país un clima de tensión, en el que se esperaba alguna acción cubana de represalia. Este ambiente fue aprovechado por un grupo de exaltados antiydigoristas para la creación de los Cruzados de la Libertad, un grupo surgido en el seno de la Universidad de San Carlos, que unía a militantes de la izquierda como de la derecha con el interés compartido de tumbar al Gobierno. Las acciones de desestabilización no se hicieron esperar, y pronto bombas de poco poder y bombas panfleteras estallaron en diversos puntos de la ciudad de Guatemala. El momento culminante de tensión fue la supuesta aparición, reportada por elementos de la FAG, de un submarino frente a las costas guatemaltecas el 24 de octubre de 1959. Esto decidió que Ydígoras se inclinara a una abierta posición anticastrista.

Según el reporte redactado por Jack B. Pfeiffer, titulado *Official history of the Bay of Pigs. Participation in the Conduct of Foreign Policy*, en su segundo volumen —desclasificado por la CIA en el 2014—, el 17 de marzo de 1960, el presidente Eisenhower toma la decisión de echar a andar un programa de actividades anticastristas, que incluiría la creación de una fuerza paramilitar para iniciar la guerra de guerrillas en el interior de Cuba. En un principio, se había planteado utilizar las instalaciones de la Zona del Canal, bajo la administración de los Estados Unidos, para entrenar a los disidentes cubanos. El campo de aviación France y los fuertes Randolph y Sherman serían las sedes de la fuerza irregular. No obstante, entonces, el presidente de Guatemala, por medio de uno de sus íntimos colaboradores y hombre de su absoluta confianza, Roberto Alejos Arzú, «había ofrecido el territorio de Guatemala para apoyar actividades de propaganda anticastrista, e incluso una oferta directa a la CIA para que grupos favorables a nuestros intereses puedan entrenarse en instalaciones en el área de Petén», según se afirma en el informe de Pfeiffer (1979).

La ciudad de Guatemala fue la sede de unas reuniones celebradas el 30 y 31 de mayo de 1960, en las que un funcionario de la CIA —Jacob D. Esterline—, Roberto Alejos Arzú y el presidente Ydígoras afinaron detalles sobre la operación que montaría la agencia de inteligencia. Se acordó utilizar una porción de la finca La Helvetia, propiedad de Arzú, como campo de entrenamiento de comunicaciones y que, posteriormente, se designaría el lugar para albergar el campo de entrenamiento militar. Al proyecto se le asignó inicialmente un presupuesto de 13 millones de dólares. Mientras tanto, el Gobierno de los Estados Unidos lograba que los cinco distintos frentes anticastristas en el exilio se fusionaran en el Frente Revolucionario Democrático (FRD), dirigido por líderes políticos cubanos de larga data que se habían opuesto a Batista y luego a Castro. El FRD, a continuación, reclutó hombres en la Florida y en Centroamérica para conformar al grupo paramilitar que habría de invadir la isla. Para ese momento, informa Pfeiffer (1979), el mismo presidente Ydígoras pidió que no se

le compartiera más información, para que sus futuras negativas de conocimiento sobre actividades anticastristas en Guatemala sonaran más convincentes ante los organismos internacionales (Fernández Ordóñez 2014).

Para mediados del mes de julio de 1960, en plena época de lluvias, los trabajos en la finca La Helvetia avanzaban, pero el planteamiento estratégico había cambiado. La CIA había decidido que, en vez de apoyar un foco guerrillero, las fuerzas cubanas debían ser un ejército de bolsillo que invadiera la isla, por lo que las exigencias de infraestructura se volvieron más complejas. Se estableció un puente aéreo entre La Helvetia y un remoto aeropuerto en el corazón de Florida, Opa Locka —condado de Dade—, y una red de pequeños campos aéreos en desuso en el mismo estado. Adicionalmente, se reforzó y extendió la pista aérea de Retalhuleu, que fue inaugurada por el mismo presidente Ydígoras el 13 de septiembre de 1960. La inauguración de la nueva pista de 1.5 kilómetros levantó suspicacias en Guatemala, pues muchos sospecharon que era para apoyar las actividades anticastristas. El presidente Ydígoras salió al paso de los rumores explicando que las obras de refuerzo obedecían a un plan de seguridad fronterizo, que incluía el despliegue de una escuadrilla de aparatos B-26 que el Gobierno adquirió con posterioridad al amparo de un acuerdo de asistencia militar con los Estados Unidos. Las obras y movimientos en la finca La Helvetia, explicó el presidente en ese momento, eran parte del mismo esfuerzo, con la creación de un campo de entrenamiento para la infantería guatemalteca, y que los cubanos que pululaban en la zona eran una fuerza voluntaria de exiliados que habían ofrecido al Gobierno sus servicios para patrullar el litoral pacífico. Las obras de infraestructura se ampliaron a la finca La Suiza, también propiedad de Alejos, para albergar un campo aéreo de soporte.

El historiador estadounidense Arthur Schlesinger (1966) da cuenta de la situación de los cubanos en la finca La Helvetia: «A mediados del verano empezaron a llegar los cubanos. Era la temporada de lluvias y tuvieron que construir su campamento sobre barro volcánico, a mil quinientos metros sobre el nivel del mar. En su tiempo libre recibían instrucción, dirigidos por un coronel filipino que había organizado guerrillas contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial» (173). Cuando se modificó el planteamiento estratégico para un ejército de bolsillo, el coronel filipino se marchó y llegó un equipo de entrenamiento estadounidense. La fuerza paramilitar cubana ya contaba con alrededor de 500 hombres, apunta Schlesinger (1966).

Mientras tanto, los rumores fueron creciendo más y más hasta volverse una situación imposible de negar la presencia de cubanos para actividades anticastristas. Incluso trascendió a los periódicos:

la base de Guatemala había dejado prácticamente de ser un secreto, lo que desgraciadamente era verdad. La Hora, un periódico de la ciudad de Guatemala, había roto el fuego ya el 30 de octubre declarando que la invasión de Cuba estaba preparándose, y aludía a cierta connivencia con los Estados Unidos. Los artículos de Ronald Hilton, de la Universidad de Stanford, en *Hispanic-American Report* y *The Nation*, abrieron asimismo los ojos a los lectores norteamericanos en el mes de noviembre. En diciembre, cierto nú-

mero de periódicos norteamericanos hablaban de misteriosos sucesos que tenían lugar en Guatemala, y a primeros de enero, *Time* dijo en su estilo habitual que el Frente estaba recibiendo generosa asistencia financiera por parte de los Estados Unidos. (Schlesinger 1966, 178)

Esta situación puso al límite al presidente Ydígoras, quien urgió a la CIA sacar a los cubanos de Guatemala. El editorial publicado por *La Hora*, firmado por el reconocido periodista Clemente Marroquín Rojas, exponía que estaba en marcha un plan de intervención extranjera en Cuba, organizado por Estados Unidos. La cancillería guatemalteca de inmediato negó las afirmaciones del periodista, pero los políticos de oposición demandaron una investigación. La situación se volvió insostenible para el presidente de Guatemala cuando *Los Ángeles Mirror* y el *St. Louis Dispatch* también realizaron publicaciones denunciando los campamentos secretos; pues, para entonces, en Miami, todos sabían que se habían montado centros de reclutamiento (Thomas 2013).

Para ese momento, la indignación de que el suelo guatemalteco estuviera siendo utilizado para entrenar una fuerza extranjera para intervenir en Cuba había hecho mella dentro de las filas del ejército guatemalteco. Los oficiales jóvenes eran los más descontentos por la situación, pues simpatizaban con la Revolución cubana y resentían las intervenciones de Estados Unidos en los países latinoamericanos, luego de la propia experiencia de Guatemala en 1954. Su formación profesional, que gira alrededor de la defensa de la soberanía nacional, inclinó a este grupo hacia la férrea crítica de la situación anómala de un ejército irregular extranjero —cubanos— siendo entrenado por otros oficiales extranjeros —estadounidenses— en suelo guatemalteco. Esta situación se sumó a la lista de inconformidades que la oficialidad discutía en los corredores de los cuarteles y que terminó por promover la creación de la Hermandad del Niño Jesús, sobre todo porque, según explica Gramajo (2003):

las actividades militares de la finca La Helvetia, la proporcionaban tropas regulares del ejército dirigidas por oficiales graduados y de línea por igual, aunque los más notorios eran de las nuevas promociones provenientes de las Reservas Militares, recientemente llamados al servicio activo precisamente para ese propósito. Aunque la relación del Señor Roberto Alejos Arzú, dueño de la finca, con el jefe de las tropas de fachada era de carácter administrativo, el hecho abonaba en el descontento pues se comentaba que él era el que emitía las órdenes de cualquier carácter, apoyado por las disposiciones directas del presidente Ydígoras.

Que un civil tuviera mando de las tropas (oficiales y soldados) molestaba a la oficialidad, pero lo que más molestaba era el hecho, que los oficiales en su mayoría, fueran a Reservas Militares ni siquiera oficiales de línea; además de reciente ingreso. Como si eso fuera poco, ellos gozaban de prebendas y sobresueldos, canonjías a las que no tenían acceso el resto de la oficialidad del ejército. (504)

La movilización de los cubanos fuera del territorio nacional se realizó el 10 de abril de 1961. Las constantes negativas del Gobierno guatemalteco ya eran un eco debilitado, sobre todo después de la Navidad de 1960, cuando un grupo de cubanos recorrió Florida en una gira de reclutamiento y luego que, el 10 de enero de 1961, el *New York Times* publicó incluso un mapa de la base de entrenamiento de la finca La Helvetia (Thomas 2013). El contingente paramilitar ya alcanzaba entonces 1400 hombres, los que fueron trasladados en camiones desde la finca La Helvetia hasta el punto de embarque, Puerto Cabezas, en Nicaragua. El día 13 de abril empezaron a embarcarse para dar inicio a la invasión de la isla.